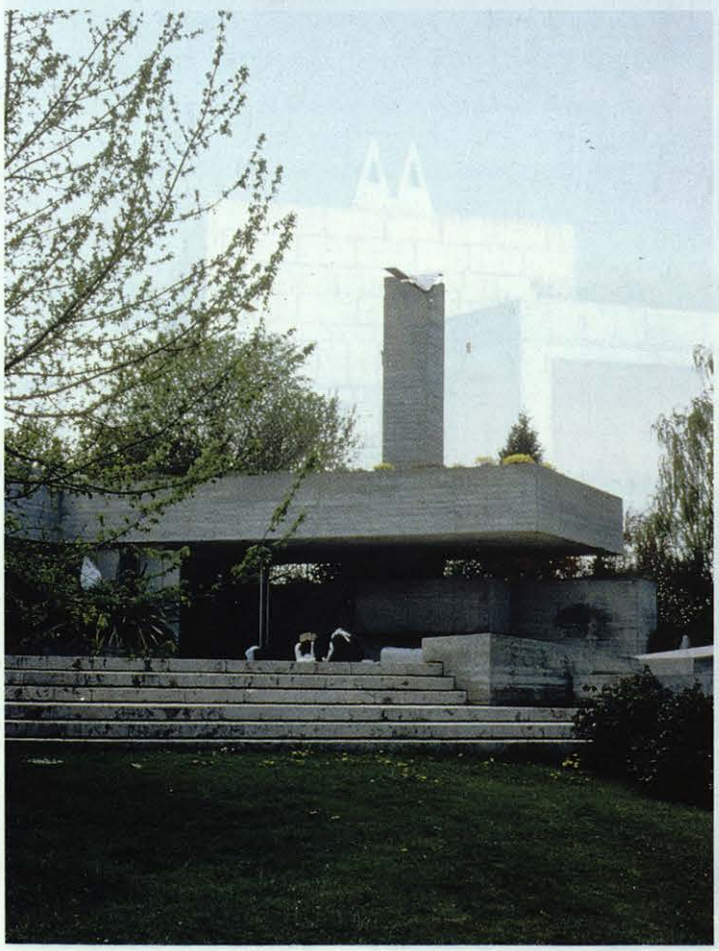
Hormigones domésticos

Arquitecto: Javier Carvajal
Madrid. 1966-1968

Ignacio Vicens y Hualde



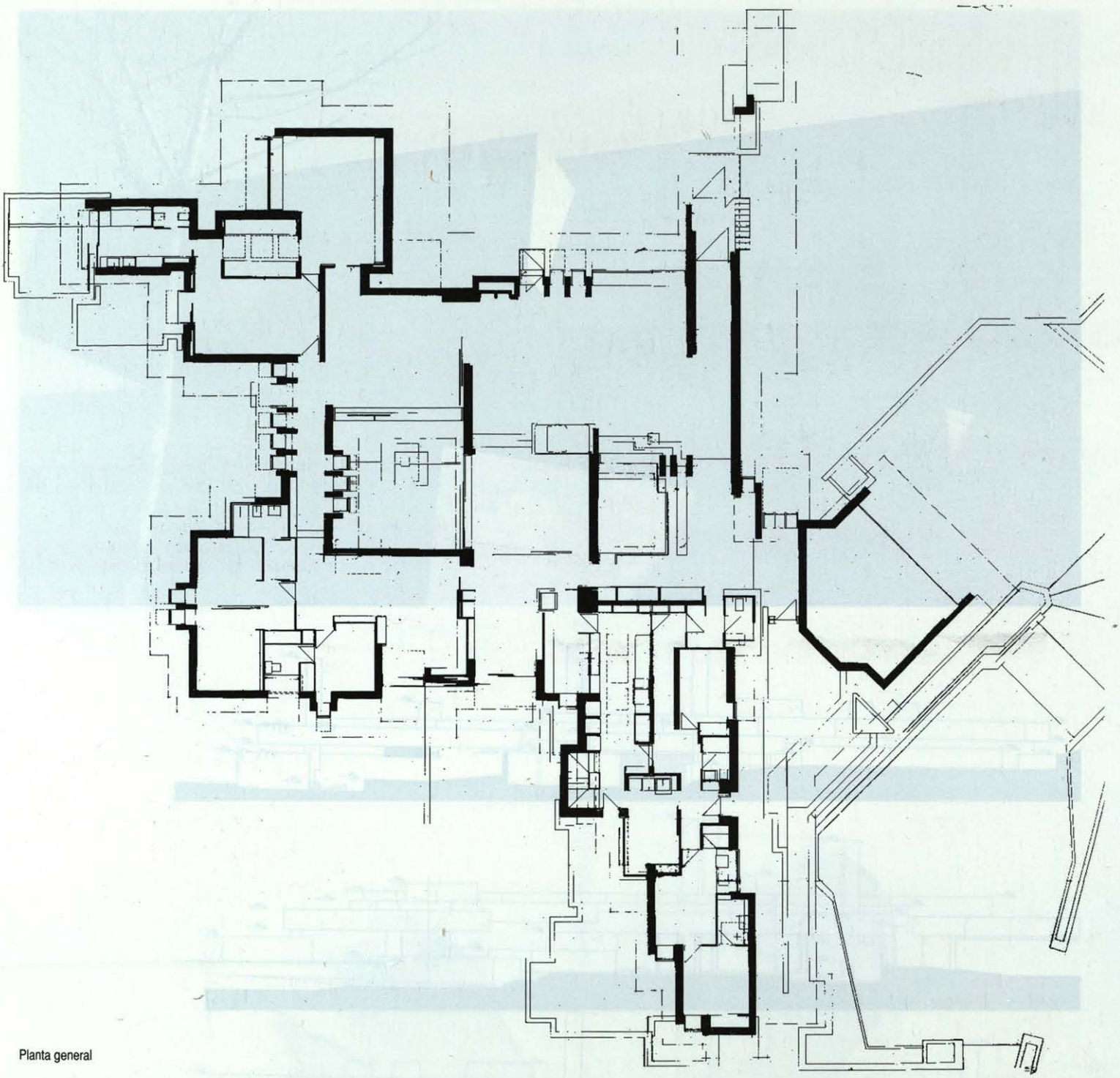
Hay hormigones agresivos, de incontroladas rebabas y áspera textura, y hormigones amables, educadamente cincelados. Los primeros delatan, con sinceridad sin prejuicios, sus cualidades contructivas; la convivencia con ellos, en el plano doméstico, es problemática. Javier Carvajal, en Somosaguas, convierte en suntuoso el hormigón y lo hace casa.

Maestro en tantos campos, construye la primera gran vivienda unifamiliar de Madrid. Con el horizontal desarrollo de ciclópeas volumetrías, con la fuerza de los potentes estratos maclados, ridiculiza un pretencioso entorno de mansiones virginianas. Manifiesta que es posible un tratamiento exquisito del hormigón, compatible con la afable familiaridad que exige un ámbito doméstico. Exprime sus cualidades expresivas, moldeando unos espacios magistralmente articulados, fluyentes y complejísimos. Saca partido del contraste entre su pesantez y los arriesgados voladizos que la niegan; de su ductilidad, que permite aristas cortésmente redondeadas en la casa de los suegros y estrictamente definidas en la del arquitecto; de su plástica moldeabilidad, que ofrece plegamientos insospechados, rajas de luz, nichos de sombras...

La Universidad de Hannover distingue a esta casa con el Premio a la mejor arquitectura de Europa en el año 1968; en el documento justificativo, argumenta su decisión: Javier Carvajal demuestra que un planteamiento rigurosamente atento a las propuestas contemporáneas es compatible con el enraizamiento en la cultura histórica de un lugar. Las casas de Somosaguas son sustancialmente españolas y eminentemente modernas. Sus secuencias espaciales, repletas de compresiones y dilataciones, de giros sorprendentes, delatan un admirativo aprendizaje del sistema de concatenaciones de la Alhambra, pero no hay una sola referencia formal; sólo metafóricamente puede asociarse la despojada rotundidez de su volúmenes con los ásperos baluartes castellanos, pero el mundo de interiores opulencias celado por paramentos despojados ha sido aprendido en la historia y entronca en una forma de ser específica... y así cuanto se quiera.

Hay arquitectos que pasan a la historia por una sola obra. Justamente o no, Pierre Chareau se identifica, en proyección unívoca, con la Maison de Verre, o Eileen Gray con la villa de Roquebrune. Y aunque el nombre de Javier Carvajal va ya indisolublemente ligado a obras maestras en temas tan dispares como el Pabellón de España en Nueva York, la Escuela de Comercio de Barcelona, las viviendas en la calle Montesquinza de Madrid, las oficinas de la Adriática o el Hotel en la Isla de la Cartuja sevillana, bastarían estas dos viviendas ejemplares para asegurarle la referencia obligada en cualquier historia de la arquitectura española.

La personalidad multifacética, vehemente, apasionadamente batalladora de Javier Cravajal se exhibe sin embozos en el ámbito que proyecta para sí mismo. Su profundo conocimiento de la historia desemboca en la optimista concepción del presente como aportación enriquecedora, nunca como añoranza de un pasado que siempre fue peor. Sus citas son homenajes a una

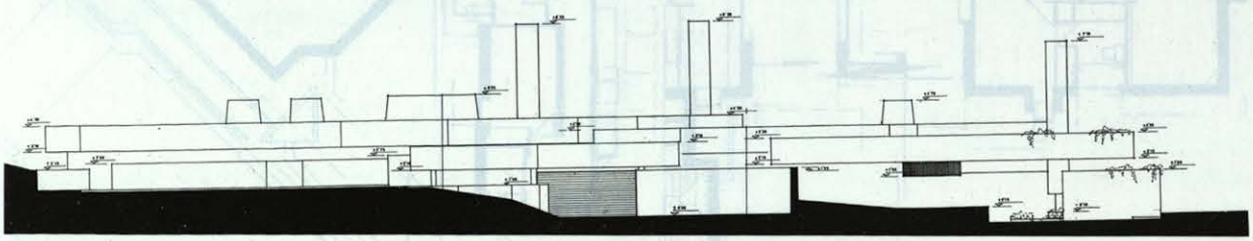


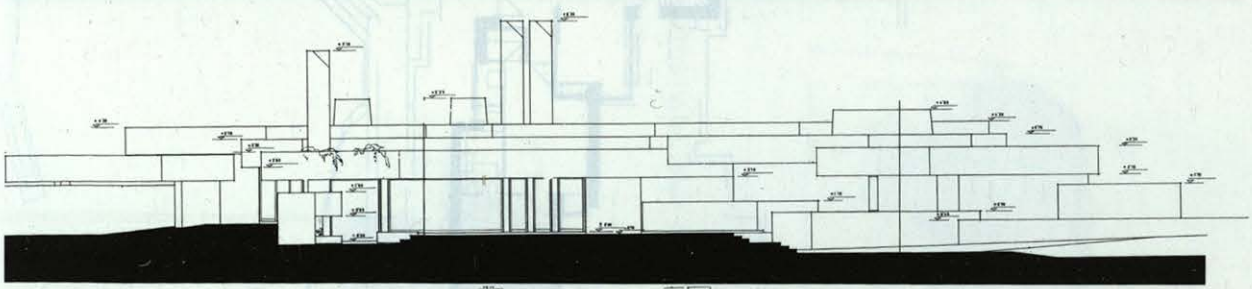
Planta general

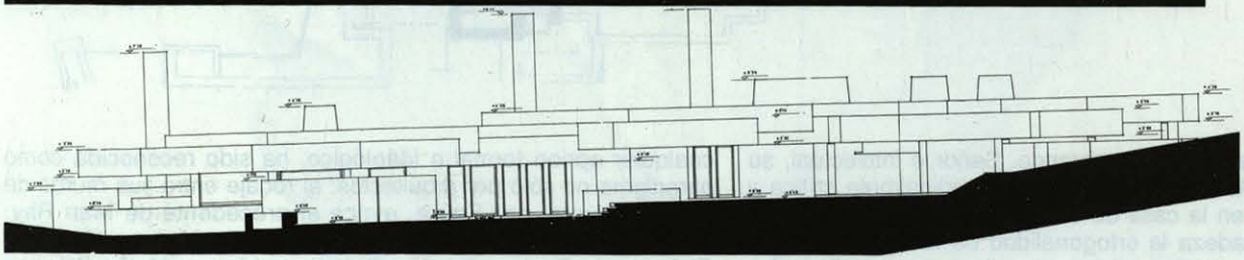
civilización que ama porque comprende. Señor e intelectual, su morada es aristocráticamente despojada y radicalmete crítica y compleja. Mientras en la casa de sus suegros el jardín continúa con deferente delicadeza la ortogonalidad de la vivienda, en la suya se niega ese comedimiento con una disposición a 45 grados que introduce un parámetro crítico de raíz profesoral: Javier Carvajal es, ante todo, un universitario que, al construir, enseña.

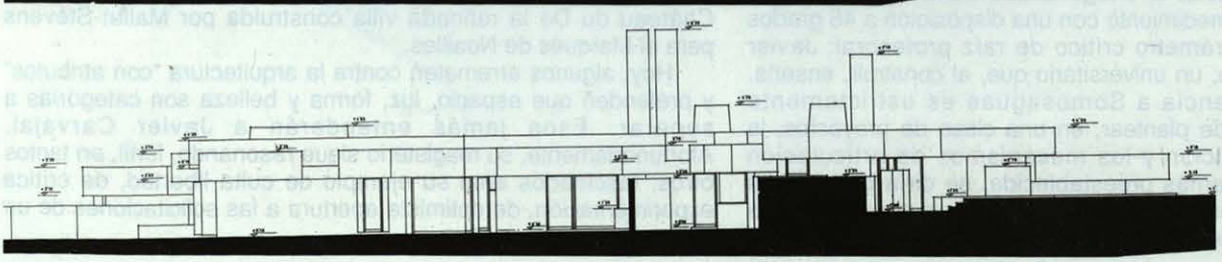
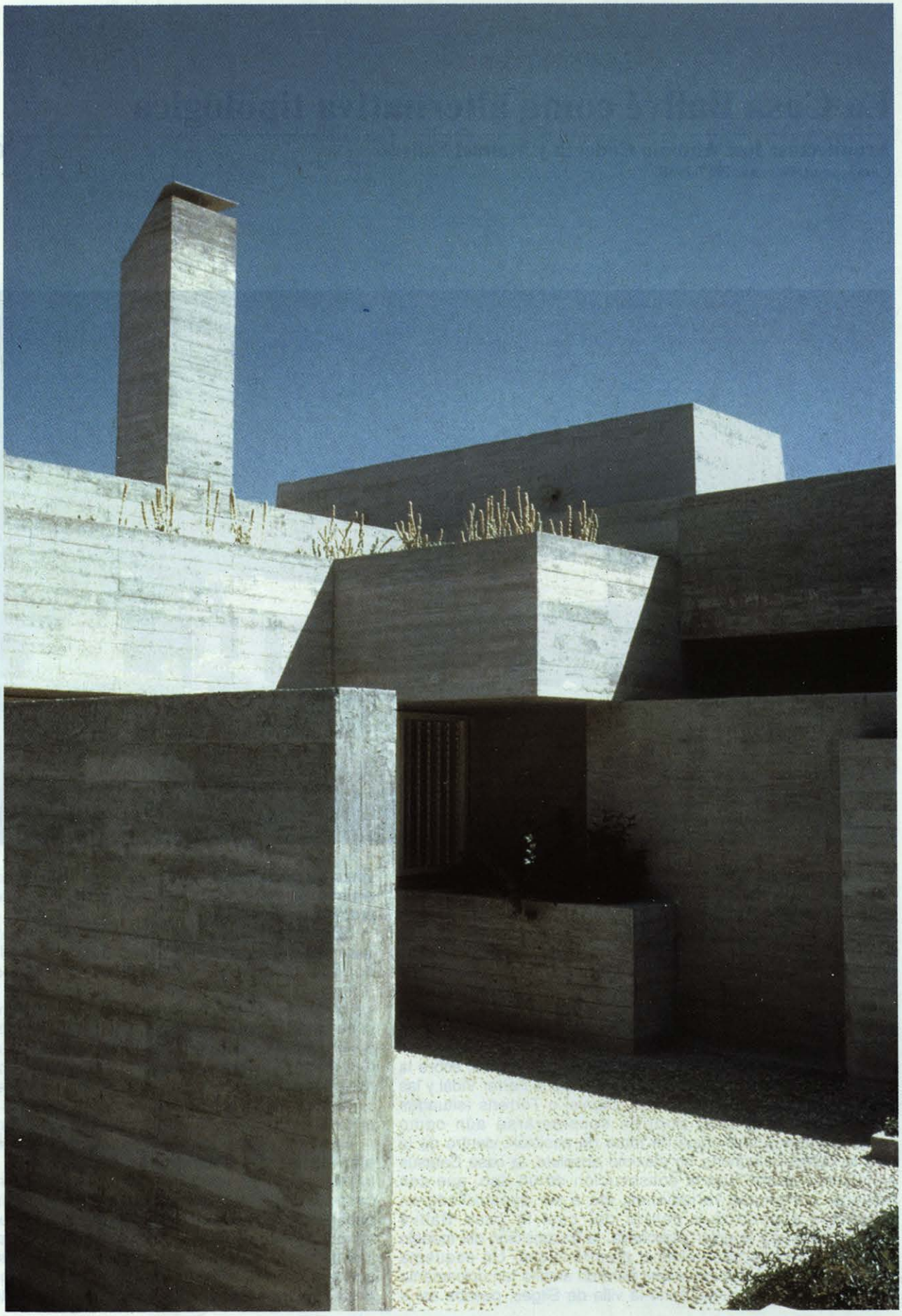
Por ello la referencia a Somosaguas es estrictamente invaluable a la hora de plantear, en una clase de proyectos, la composición por adición y los mecanismos de articulación espacial. La forma, jamás preestablecida, se diría que resulta naturalmente, y los complejos alzados son coherente reflejo de la secuencialidad en planta. Su libertad compositiva, alejada de cualquier apriori formal o ideológico, ha sido reconocida como paradigma no sólo por arquitectos: el rodaje entre sus muros de La Madriguera, por Saura, evoca el precedente de Man Ray, eligiendo como escenario de su película Les mistères du Château du Dé la refinada villa construida por Mallet-Stevens para el Marqués de Noailles.

Hoy, algunos arremeten contra la arquitectura "con atributos" y pretenden que espacio, luz, forma y belleza son categorías a superar. Esos jamás entenderán a Javier Carvajal. Afortunadamente, su magisterio sigue resonando, fértil, en tantos otros, fascinados ante su ejemplo de culta libertad, de crítica experimentación, de optimista apertura a las solicitaciones de un tiempo y de un lugar.■









Alzados